

¿SACRIFICAR LA CORDURA POR EL ARTE O EL ARTE POR LA CORDURA? de nero

I

La palabra ego corretea por mi mente de forma nítida, ya la he visto, sentido y dejado ir. Sensación a flote que debilita el alma mientras durante pocos momento te sumerge en lo alto del todo sobre un inexistente vaho de ilusionismo vano e inmoral de falsa grandeza. Obsesiva, corrosiva y un tanto dulce, ya lo hemos visto enmascarado detrás de miles de historias pero todas tienen la misma esencia: el miedo infundado que se transforma en un violento camino sin límites hacia la autodestrucción.

Podemos preguntarnos, ¿es suficiente? o más bien ¿necesario?; recurrir a un estado de aflicción desmedida por un objetivo incierto que siquiera es concebible su posible roce.

Pausa, Tchaikovsky me pasa por debajo de la mesa la carta “El velo robado” y yo siento un frío susurro del Teatro Bolshói acusando con voz estricta el acuñamiento de una historia de pura refinidad y perfección. ¡Menuda palabra! ¿Verdad? Per-fec-ción, Perfección, Perfecto. ¿Por qué nos resulta tan atractivo? ¿Es quizás por lo inalcanzable que parece? ¿O quizás como de exclusivo suena? Lo vemos en las caras simétricas, en los números pares, en las separaciones homogéneas, en la quietud, en la estabilidad, en la repetición con equidad, en los patrones a lo largo de una gran tela, todo igual, todo tan intocable e inalcanzable.

Volvemos otra vez, hay una pregunta que me hizo cierto profesor de Fundamentos de aquel entonces, la cual hasta ahora no consigo expulsar de mi cabeza cada que abro Spotify: ¿Cuál es el arte que es considerado el más puro y por qué?. Antes de leer lo siguiente, te animo a que escribas tu respuesta en un papel, coge un post-it, la última página del primer libro con el que cruces miradas o incluso sobre tu propia piel, sobre la compleja palma de tu mano, escribe: ¿Cuál crees que es?.

Empiezo yo, mi primera respuesta fue la escultura, mi ímpetu fue tanto que al decirlo en voz alta comenzó a reírse y me dijo, vuelve a pensar, pero esta vez con una útil pista, a mayor material, menos elitista dentro de esta gran imaginaria pirámide de disciplinas artísticas se situaría. Finalmente, nos dio una clara respuesta, la música. Conectando e interconectando, lo ví, tenía toda la lógica del mundo, no es tangible, no se puede describir de forma precisa con exactas palabras porque siempre existirán tantos oídos como interpretaciones de la misma, ella sola es una única expresión de sí misma sin necesitar de nadie más, no busca en su forma más pura representar nada, al contrario de las frases o los colores que acostumbramos a usar, sino que es valorada simple y sencillamente por lo que son.

Nunca volví a ver o mejor dicho escuchar las cosas de la misma forma.

Natascha, parte del soundtrack de Van De Velde: Die Vollkommene Ehe und Das Leben Zu Zweit, es un buen inciso para tomar un descanso para procesar.

Quizás sea por todo esto que vez tras vez vemos en pantalla grande historias de obsesión infinita que orbitan alrededor (en su mayoría) del arte, en concreto la música.

Se establece el famoso “arte por el arte” que constituye un principio básico de la estética idealista, porque de eso se trata ¿no? de conseguir de forma persistente algo que no se sabe si realmente existe, de forma hasta quizás delirante, fantasiosa y valga la redundancia, idealista. Así como nos opusimos al duro realismo de los años 1840, ahora vamos de la mano de esta narrativa liberal que representamos mediante una variable constante: la libertad de expresión, que se ha extendido exitosamente hasta el día de hoy.

Es oportuno mencionar parte de un prefacio que ha hecho hendidura en mí a lo largo de esta semana, tras dignarme a leer por fin este pequeño clásico que era hábitat de un cúmulo de polvo sobre la estantería nº3, quiero hacer dicha mención honorífica enfocándonos en su última parte: “Podemos perdonar a alguien que crea algo útil siempre que no profese admiración por el objeto creado. La única excusa que justifica la creación de algo inútil es que provoque en nosotros una profunda admiración. Todo arte es absolutamente inútil”

Se crea así un afán por hacer un arte desinteresado o más bien puro, que se trata de alcanzar no mediante una minuciosa y escrupulosa vigilancia sobre la técnica, ni siquiera para que halle un propósito, sino por puro placer. Ahora bien, nos encontramos en un punto de inflexión, en el que estamos ante una fina línea fácil de cruzar que nos divide entre el amor al arte en su forma más alta y esa cínica obsesión por alcanzar una pieza divinamente perfecta impulsado de nuevo por este mismo amor.

Nos enfocaremos en este último.

A la par de esta gasolina pura, están atados varios componentes más, como el miedo al amargo sabor del fracaso, la constante presión y desgaste emocional que conlleva mantenerse en este trazo del nivel más exigente, una constante adicción a los segundos de falsa gloria que ofrecen un puñado de aplausos, una mirada aceptante o una palmadita en la espalda que dejan un rastro efímero pero vicioso. Es este mismo quien tiene la brillante idea de cegarnos hasta convertirnos en esclavos de dicho momento extrasensorial que engaña nuestro cerebro. Pero aún nos seguimos creyendo los más listos, los más capaces, los más intocables, los imperecederos.

En definitiva puede que los Grammys lo hayan cagado muchas veces, pero esta vez acertaron con Hildur Guðnadóttir.

Preguntas sobre una balanza sin respuesta clara retumban en forma de vibraciones de una nota desafinada dentro de la cabeza de Andrew, recae de forma lenta sobre la batuta de Lydia, se encuentra arraigada en las bailarinas de Nina y atrapa desesperado el lienzo en blanco de Yatora: ¿Qué pesa más? ¿Qué debo sacrificar? Lo quiero tanto que podría acabar conmigo, pero, ¿Importa más el que acabe conmigo si en caso de no hacerlo, fracaso? ¿Dónde estarán los aplausos, los vitoreos, los ramos de flores y los relucientes trofeos si me detengo ahora? ¿De dónde viene esta sed desmedida? Si no veo el fin ¿Tendré que alimentarla por el resto de mi vida?

Dentro de todos estos guiones entrelazados se esconde una única verdad: llevar el potencial al extremo de la autoinmolación desencadena en definitiva, cultivo para cierta profunda trama audiovisual. Recuerdos imperecederos a pesar del tiempo. Eso es por lo que están intercambiando tanto sufrimiento, sacrificio y cordura, el ser recordado y

conmemorado, quizás los humanos somos seres que jamás viviremos para siempre y aun si alguien, en algún momento de esta corta historia lo consigue, es una simple cuestión de mil millones de años y lo que conocemos por sistema solar se extinguirá. Así que pensando en frío quizás y solo quizás valga realmente la pena dicha expiación a nuestro coste, con el empeinado propósito de ser enmarcados de forma sobresaliente en toda esta marabunta corriente de logros que a nadie libran de la implacabilidad de la muerte.

Yo mismo pecho de ello al escribir esto y tú también al darle tu atención a todo lo que sea que escuches, consumas y mires. Si eres lo suficientemente sabio, lo volverás a leer.

¿Es el daño irreversible un puente que estamos dispuestos a cruzar si a cambio nos dan la posibilidad de alcanzar ese deseo idílico de perfección? ¿Qué pasará si cruzamos al otro lado y nos apegamos al bando de esta obsesión? ¿Los resultados teóricos de éxito excederán en peso a las consecuencias de mantener un ciclo autodestructivo de manía extrema? ¿Nos quedaremos con la incertidumbre de un posible caso de éxito por mantener salubre nuestra integridad física y mental? ¿O por el contrario mordremos el fruto y sucumbiremos a las regalías exigentes de un tirano que esconde con el puño cerrado tras su espalda innumerables secuelas de una historia con el mismo destino?

Sólo hay una manera de comprobarlo.

@nero